

Oxidados

Ana mira hacia el mar. Está en el puente, al lado de donde colgaron el candado. Tiene escrito con rotulador «A y J siempre».

Lo habían puesto juntos al final del verano. Sin embargo, ese candado que antes brillaba bajo el sol, tras nueve meses estaba oxidado. No había sido capaz de soportar la lluvia de dificultades que sin aviso asaltó sus vidas. La humedad del resentimiento había calado en su interior.

Juan se acerca con unas tenazas. No hablan, sólo se miran unos segundos. Ella le señala el candado entre otros amores de hierro. Juan coloca la herramienta, Ana pone sus manos sobre las de él. Ambos hacen fuerza y el gancho se parte. Juan tira el candado al agua, la besa en la mejilla y se va. Ana mira de nuevo el mar. Si alguna vez lo repite, no se deshará de la llave.